

## PRÁCTICA DE LA AMISTAD

### *Diversas normas para conservar la amistad*

Ya es hora de tratar sobre la manera de cultivar la amistad. El fundamento de toda amistad estable y constante es la fidelidad; el infiel no puede ser estable. Los amigos deben ser sencillos, comunicativos, siempre concordes y de un mismo sentir; cualidades propias de la fidelidad. En efecto, un espíritu complicado como el de intención doble y tortuosa no puede ser fiel; consiguientemente, quienes no andan de acuerdo no sienten lo mismo, no pueden ser fieles ni estables.

Sobre todo, debemos huir de la sospecha, veneno de la amistad; no pensar mal jamás del amigo; no prestar fe o mostrarnos conformes con quien habla mal de él. Añadamos a esto un lenguaje amable, rostro sonriente, modales dulces y mirada serena; todo ello es un buen condimento de la amistad. Ciertamente, el rostro grave y austero hace honorable la autoridad; pero la amistad debe mostrarse más abierta, más expansiva, más amena, más afable y dulce en el trato, sin por eso caer en la ligereza y disipación<sup>96</sup>.

### *Igualdad entre los amigos*

El derecho de la amistad iguala al superior con el inferior. En efecto, sucede con frecuencia que se entabla amistad con personas de un estado, condición social, dignidad o ciencia inferiores. En este caso los más favorecidos deben despreciar y considerar como vacío y nada todo cuanto poseen fuera de su condición de hombres, mirando siempre la hermosura de la amistad, que no se engalana con sedas ni joyas, ni aumenta con las riquezas materiales ni se robustece con los placeres, ni crece con las riquezas, ni se ensalza con los honores ni se hincha con las dignidades. De este modo, remontándose a los principios de su origen, deben considerar con escrupuloso cuidado la igualdad recibida de la naturaleza y no la interdependencia establecida por la ambición de los mortales.

En la amistad, excelente don de la naturaleza y de la gracia a la vez, el grande debe abajarse y el pequeño acercarse; el rico debe volverse pobre y el pobre rico; cada uno debe hacer al otro partícipe de su condición para establecer así la igualdad, según está escrito: “A quien mucho se le dio, no le sobró nada; y al que poco se le concedió, nada le faltó”<sup>97</sup>. Por tanto, jamás te prefieras al amigo; y si eres superior a él en las cosas antes señaladas, no vaciles en colocarte por debajo. Dale tu confianza, disipa tus temores y hónrale tanto más cuanto menos parezca exigirle su condición humilde y su pobreza<sup>98</sup>.

El joven Jonatán, siendo superior a todos en nobleza, sin consideración a su sangre real ni a su condición de heredero de tal trono, hizo un pacto con David igualándose en la amistad el siervo y el Señor. Es más, lo antepuso a sí mismo cuando fugitivo del rey, su padre, estando oculto en el desierto, condenado a muerte y destinado al suplicio; se abajó a sí mismo elevando a David con estas palabras: “Tu serás el Rey y yo seré tu segundo”<sup>99</sup>. ¡Magnífico ejemplo de verdadera humildad! ¡Admirable acción!

---

<sup>96</sup> CICERÓN, *De Amicitia*, 65-66.

<sup>97</sup> 2 Co 8,15.

<sup>98</sup> Cicerón, *De Amicitia*, 72.

<sup>99</sup> 1 S 23,17.

El rey, enfureciéndose contra el súbdito como si fuera su rival en el trono, excitaba a todo el país contra él, acusando de traición a los sacerdotes y mandándolos matar por una simple sospecha; recorre los bosques, explora los valles y registra montes y grutas con sus tropas. Pero mientras todos se ofrecen como vengadores de la regia indignación, Jonatán solo, el único que podía tener motivo para abrigar celos, se cree en el deber de resistir a su padre y ponerse a disposición del amigo ofreciéndole su consejo en tan grande adversidad y anteponiendo la amistad al trono: “Tu le dijo, serás el Rey y yo seré tu segundo”.

Considerad cómo el padre del muchacho le excita a recelar contra el amigo: le cubre de insultos, quiere atterrarle con amenazas, incluso despojarle y privarle de los honores. Todo en vano; cuando pronunció sentencia de muerte contra David, Jonatán salió en defensa de su amigo con estas palabras: ¿Por qué ha de morir David? ¿En qué ha pecado? ¿Qué ha hecho? Expuso su propia vida matando al filisteo y tú entonces te regocijaste, ¿por qué ha de morir ahora?<sup>100</sup>. El rey, loco de ira al oír esto blandió su lanza contra él, con intención de matarle, y, añadiendo además el insulto exclamó: “Oh hijo de perversa, yo sé que le amas para vergüenza tuya y confusión de tu infame madre!<sup>101</sup>; y, vomitando toda su ponzoña con ánimo de envenenar el corazón del joven, inyectándole el estímulo de la ambición, el fomento de la envidia y el incentivo del celo y de la amargura, añadió: “Mientras viva el hijo de Jesé no estarás seguro ni tú ni tu reino”<sup>102</sup>.

¿Quién no hubiera vacilado ante tales palabras o hubiera sentido el aguijón de la envidia? ¿Qué amor, qué bondad, qué amistad no habría quedado enturbiada, disminuida, borrada? Pero aquel joven tan amante, velando por los derechos de la amistad, se mantiene firme ante las amenazas, paciente en los insultos, y, despreciando el trono por el amor de su amigo, se olvida de la propia gloria y atiende sólo al bien del otro. “Tú serás, le dice, el Rey y yo seré tu segundo”.

Según Cicerón<sup>103</sup> se puede encontrar alguno que tenga por vil preferir el dinero a la amistad, pero es imposible hallar quien sea capaz de anteponer la amistad a los honores, a la magistratura, al mando, al poder y a las riquezas. Si de una parte se le ofrecen estos bienes temporales y por otra los derechos de la amistad, no mantendrá estos por mucho tiempo. La naturaleza es muy débil para despreciar el poder. ¿Y dónde hallarás quien prefiera el honor del amigo al suyo? Pues he aquí que Jonatán se presenta como vencedor de la naturaleza cuando, despreciando la gloria y el poder, prefirió al suyo el honor del amigo con aquellas palabras: “Tú serás el Rey y yo seré tu segundo”.

Esta es la amistad verdadera, perfecta, estable y eterna que no aparece corrompida por la envidia, ni disminuida por la sospecha, ni resquebrajada por la ambición. Solicitada, no cede; atacada, no se derrumba; agitada por tantos insultos, permanece firme; provocada por tales injurias, se nos muestra triunfante. Por tanto, “anda y haz tú de la misma manera”<sup>104</sup>. Mas si te parece muy duro y aún imposible preferir tu amigo a ti mismo, al menos, esfuérzate por igualarlo contigo, si es que quieres ser verdadero amigo. Porque la amistad no puede ser cultivada como conviene por quienes no se mantienen en un plano de igualdad. “Trata al amigo como a un igual, dice san Ambrosio, y no te avergüences de prestarle tus servicios, pues la amistad nada sabe de orgullo. El amigo fiel es medicina de vida y prenda de inmortalidad”<sup>105</sup>.

### *La amistad y los favores*

---

<sup>100</sup> I S 20,32.

<sup>101</sup> I S 20,30.

<sup>102</sup> I S 20,31.

<sup>103</sup> CICERÓN, *De Amicitia*, 63-64.

<sup>104</sup> Lc 10,37.

<sup>105</sup> San AMBROSIO, *De Officiis*, III,22; PL 16,181 A; Si 6,16.

Veamos ahora cómo se ha de cultivar la amistad al hacer favores y de qué modo nos debemos conducir cuando tenemos que recabar algo de manos ajenas. Alguien ha dicho: “En la amistad se debe seguir esta norma: pedir a los amigos únicamente cosas honestas, hacer por ellos todo lo que no sea incompatible con el deber sin esperar a que lo pidan; obrar siempre con prontitud y con el deseo de prestar un servicio”<sup>106</sup>. Si debemos estar dispuestos a perder dinero por el amigo, con mayor motivo debemos procurarle todo lo que le sea necesario o conveniente.

Sin embargo, no a todos es posible esto. Uno tiene dinero en abundancia, otro campos y propiedades; éste está mejor calificado como consejero, aquél goza de influencias más eficaces. Considera prudentemente cómo te debes portar con el amigo sobre este particular. La Escritura es bien explícita cuando dice: “pierde tu dinero en favor de tu amigo”<sup>107</sup>. Mas, porque “los ojos del sabio están en su cabeza”<sup>108</sup>, si somos miembros de la cabeza que es Cristo, hagamos lo que dice el Profeta: “tengo siempre vueltos hacia Dios mis ojos”<sup>109</sup>, para recibir así la norma de conducta de nuestra vida de Aquel de quien está escrito: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídasela a Dios que a todos da copiosamente y no zahiere a nadie”<sup>110</sup>.

Da, pues, a tu amigo, pero sin zaherirlo, sin esperar recompensa ni fruncir el seño, sin volver la cara ni bajar los ojos; antes bien, con el rostro sereno y la sonrisa en los labios, acoge con una palabra amable su petición, acude en seguida con tu favor, de manera que no parezcas acceder a lo que se te pide como forzado por la súplica... Nada hay más humillante para un alma honrada que verse en la necesidad de pedir. Si, pues, debes tener con el amigo un sólo corazón y una sola alma, le harías grave injuria si no tienes también el dinero en común. Esta es la ley que se debe observar entre amigos a este respecto; de tal modo deben ofrecer sus personas y sus bienes, que el que da conserve la sonrisa y el que pide no pierda la seguridad.

Booz, advirtiendo la necesidad de Rut espigando en pos de los segadores, le dirige la palabra, la consuela, la invita a la comida de sus criados y, para evitarle toda vergüenza, ordena a los segadores que dejen caer de intento las espigas a fin de que ella las cogiese sin temor<sup>111</sup>. Del mismo modo, nosotros debemos fijarnos hábilmente en las necesidades de nuestros amigos para adelantarnos a su petición con nuestro favor y ofrecérselo de manera que más parezca favorecido el que da que el que recibe.

### *La amistad en la vida religiosa*

Gu. Nosotros no podemos dar ni recibir nada, cómo podremos practicar, bajo este aspecto, la amistad espiritual?

E. Los hombres gozarían de una vida muy feliz, dice un sabio<sup>112</sup>, si desterrasen de su lenguaje las palabras “tuyo” y “mío”. En verdad la santa pobreza, santa por ser voluntaria, confiere a la amistad espiritual una gran firmeza. Así como la codicia es mortífera para la amistad, de la misma manera ésta, una vez nacida, se mantiene tanto más fácilmente cuanto el alma se halla más libre de aquella peste.

Hay, sin embargo, en el amor espiritual otro género de beneficios por los que pueden asistirse y ayudarse mutuamente a los amigos. En primer lugar preocuparse y orar el uno por el otro, gozar y avergonzarse por el amigo, llorar las caídas del otro o tener como propio su progreso. Hacer lo posible cada uno por animar al amigo pusilánime, acoger al débil, consolar al afligido, soportar

---

<sup>106</sup> CICERÓN, *De Amicitia*, 44.

<sup>107</sup> *Si* 29,13.

<sup>108</sup> *Qo* 2,14.

<sup>109</sup> *Sal* 24,15.

<sup>110</sup> *St* 1,5.

<sup>111</sup> *Rt* 2,8-16.

<sup>112</sup> PLATÓN.

al colérico, respetar además de tal modo al amigo, que riada indigno haga ante sus ojos y nada inconveniente diga en su presencia. Pues cualquier falta cometida Por uno recae de tal manera sobre el otro, que no sólo debe avergonzarse y dolerse el que la cometió, sino también, el amigo que la ve la oye debe echársela en cara a sí mismo, como si él personalmente la hubiese cometido; así, juzgando que no debe perdonarse a sí mismo, excusará más fácilmente al amigo.

El respeto mutuo es, por consiguiente, el mejor compañero de la amistad, y, por lo mismo, quien lo destierra de la amistad destruye su más hermoso ornamento<sup>113</sup>. ¡Cuántas veces encendida en mi interior la llama de la cólera o próxima ya a explotar, la contuvo y extinguió un solo gesto de mi amigo! ¡Cuántas veces una palabra inconveniente estaba apunto de salir de mi boca, y su mirada severa la reprimió! ¡Cuántas veces incautamente entregado a la disipación o deslizado a conversaciones ociosas, de nuevo recuperé la debida gravedad a su llegada!

Además, cualquier consejo se acepta más fácilmente y se retiene con mayor seguridad si viene del amigo, pues en esto su autoridad es grande<sup>114</sup> por no poder dudar de su buena fe, ni sospechar de adulación. El amigo debe, pues, aconsejar rectamente al amigo con seguridad, claridad y libertad.

Pero no sólo se ha de amonestar a los amigos, sino también reprenderlos, si fuera necesario. La verdad puede ser molesta para algunos y a veces origina odio, según aquella máxima: “la condescendencia nos gana amigos y la franqueza enemigos”<sup>115</sup>. Esta condescendencia es tanto más funesta cuanto que, indulgente con el pecado, deja perecer al amigo. Sobre todo, se debe amonestar y reprender al amigo si, además de apartarse del camino recto, induce al pecado por medio de adulaciones y lisonjas.

No es que no debemos tratar con amabilidad a nuestros amigos e incluso, a veces, con ternura, mas en esto se debe conservar la moderación. Hágase la advertencia sin amargura y no se ofenda con la reprensión. Que nuestros servicios y atenciones vayan envueltos en una honesta afabilidad, aunque debemos mantenernos muy alejados de la adulación favorecedora de los vicios e indigna y no sólo de un amigo, sino incluso de un hombre licencioso. Si alguno cierra sus oídos a la verdad de modo que no soporta oír nada de labios del amigo, hay que desesperar de su salud<sup>116</sup>.

Dice a este respecto san Ambrosio: “Si notas alguna falta en tu amigo, corrígelo secretamente; sí no te presta oídos, repréndelo en público. Hay correcciones que son buenas y con frecuencia mejores que una amistad permanentemente callada. Aunque el amigo se considere herido, tú, sin embargo corrígelo; aunque la amargura de la corrección lastime su corazón, no por eso dejes de, hacerlo. Son más soportables las heridas del amigo que los besos de los aduladores. Corrige, pues, al amigo que yerra”<sup>117</sup>. Empero, en la corrección se debe evitar la cólera y la amargura para no dar la impresión de buscar más la satisfacción del propio resentimiento que la enmienda del amigo. He visto muchos que, al reprender a sus amigos, paliaban con el nombre de celo y libertad, la amargura que devoraba sus entrañas y la ira que bullía en su interior. Impulsados más por un movimiento de ira que por la razón, su corrección resultaba más perjudicial que provechosa.

Entre amigos, no puede hallarse excusa ninguna para esta falta; el amigo ha de compadecerse del amigo, ser condescendiente con él, considerar sus faltas como propias y corregirle con humildad y comprensión. Que la corrección vaya acompañada de un semblante triste y voz contenida, entrecortadas las palabras por las lágrimas, para que no sólo vea, sino que sienta que proviene del amor y no del rencor. Si, quizás, rechaza la primera amonestación, recibirá la

---

<sup>113</sup> CICERÓN, *De Amicitia*, 82.

<sup>114</sup> CICERÓN, *De Amicitia*, 44.

<sup>115</sup> TERCENIO, *Andri*, 68.

<sup>116</sup> CICERÓN, *De Amicitia*, 88-90.

<sup>117</sup> San AMBROSIO, *De Officiis*, III,22; PL 16,180 C; Pr 27,6.

segunda. Mientras tanto, tú ora con fervor y lágrimas, muestra un rostro triste, conserva un tierno afecto por él.

Debe examinarse también la índole de su espíritu; algunos se dejan convencer fácilmente por la dulzura; otros desprecian la suavidad y se les convence mejor por la palabra y el castigo. Es, pues, preciso conformarse y adaptarse a la idiosincrasia del amigo; y, si debe asistirle en las necesidades exteriores, con tanta mayor razón debe estar dispuesto a ayudarle cuando su alma corre peligro.

### *Disimulación y simulación*

Por consiguiente, si es propio de la amistad advertir y ser advertido de manera que uno avise con libertad pero sin aspereza, y otro lo reciba con paciencia y sin repugnancia, es necesario excluir también la mayor peste de las amistades: la adulación y la lisonja propias de hombres ligeros y falaces, que hablan de todo conforme a su capricho sin conformarse a la verdad. Se debe evitar, pues, entre amigos toda duda o simulación que tanto repugna a la amistad. Al amigo se le debe decir la verdad, porque sin ella el nombre de amistad queda vacío de contenido<sup>118</sup>.

“Que me golpee el justo, dice David, en su misericordia y me reprenda, pero que el aceite del impío no embellezca jamás mi cabeza”<sup>119</sup>. El simulador y el malicioso provocan la ira de Dios. Por eso dice el Señor por boca del Profeta: “Pueblo mío, tus guías te extravían y desfiguran el trazado de tus caminos”<sup>120</sup> y el impío con su boca arruina a su prójimo”<sup>121</sup>. Según esto, se debe practicar la amistad de tal forma que, si bien por motivos determinados se puede admitir la disimulación, jamás se debe tolerar la simulación.

Gu. ¿Cómo puede ser necesaria la disimulación si, según creo, es siempre una falta?

E. Te engañas, hijo mío, pues incluso de Dios se afirma que disimula las faltas de los delincuentes, no queriendo la muerte del pecador, sino que se convierta y viva<sup>122</sup>.

Gu. Haz, pues, la distinción entre simulación y disimulación.

E. La simulación, a mi parecer, es un asentimiento hipócrita. Terencio la representó bellamente en la persona de Gnaton: ¿Se niega algo? Yo también. ¿Se afirma? Yo también. En fin, me he propuesto dar asentimiento a todas las opiniones<sup>123</sup>. Quizás aquel pagano sacó de nuestros tesoros, expresando con sus palabras, lo mismo que nuestro profeta, que puso esta frase en boca del pueblo perverso: “Ved para nosotros cosas vanas, decidnos cosas agradables”<sup>124</sup>. Y en otra parte: “Los profetas profetizaban mentiras, los sacerdotes aplaudían con sus manos, y mi pueblo amó tales cosas”<sup>125</sup>. Este vicio en todo lugar es detestable; siempre y en cualquier sitio se ha de huir.

Hay una disimulación oficiosa consistente en diferir el castigo o corrección sin aprobar interiormente la falta, que se adapta a las circunstancias de lugar, tiempo y personas. Así, si un amigo llega a pecar en público, no se le ha de reprender inmediatamente y en presencia de todos, antes bien debe disimularse en atención al lugar. Aún más, se le debe excusar en cuanto

---

<sup>118</sup> CICERÓN, *De Amicitia*, 91-92.

<sup>119</sup> *Sal* 140,5.

<sup>120</sup> *Is* 3,12.

<sup>121</sup> *Pr* 11,9.

<sup>122</sup> *Sb* 11,24; *Ez* 33,11.

<sup>123</sup> TERENCIO, *Eunucus*, 252.

<sup>124</sup> *Is* 30,10.

<sup>125</sup> *Jr* 5,31.

sea posible sin por eso traicionar la verdad, y esperar a estar en la intimidad para entonces hacer la debida corrección. Del mismo modo, cuando el espíritu se halla absorto en muchas cosas y es menos capaz de prestar atención a lo que se debe decir, o cuando, por el motivo que sea, su corazón está conmovido y se encuentra algo turbado, es menester disimular hasta tanto que, apaciguada la tempestad interior, pueda escuchar la corrección con ánimo sosegado.

El rey David, arrastrado por la pasión, añadió el homicidio al pecado de adulterio, pero el profeta Natán, enviado para reprenderle, por deferencia a la majestad real, no echó en cara inmediatamente su crimen a un tan alto personaje, sino que aguardando con prudente disimulación, logrando de este modo arrancar de labios del mismo rey su propia sentencia<sup>126</sup>.

### *La promoción de los amigos*

Gu. Esta distinción me ha gustado mucho. Pero desearía saber si el amigo poderoso que tiene en su mano el promover a honores o dignidades, debe preferir en tal promoción a sus amistades y dentro de éstas a las más íntimas.

E. Bajo este aspecto merece la pena estudiar la manera de cultivar la amistad. Hay algunos, en efecto, que creen que no se les ama cuando no se les puede hacer subir; se consideran despreciados si no se les concede algún cargo público. De ahí nacen no pequeñas disensiones, según hemos podido notar, entre los que se dicen amigos, hasta el punto de que al enojo sigue la ruptura y a ésta las palabras injuriosas. Por eso es necesario usar de gran precaución cuando se trata de dispensar dignidades o cargos públicos, sobre todo eclesiásticos, no mirando tanto a lo que se puede conceder cuanto a la capacidad de aquél a quien se le concede<sup>127</sup>.

Muchos merecen, sin duda, nuestra predilección, y, sin embargo, no deben ser promovidos; y muchos también, que entran laudable y dulcemente en nuestro afecto, con todo, no podemos colocarlos en negocios o cargos públicos sin grave falta para nosotros y gran peligro para ellos. En esto hay que seguir los dictámenes de la razón no del afecto, y no entregar tales dignidades o cargos a quienes más amamos, sino a los más aptos para desempeñarlos con acierto. Sin embargo, en igualdad de méritos, no me parece reprochable que el afecto haga valer sus derechos.

Y que nadie se considere despreciado por el hecho de no ser promovido, pues el Señor Jesús prefirió a Pedro sobre Juan sin quitar nada a éste de su afecto por el hecho de haber concedido el primado a aquel. A Pedro le confió la Iglesia, a Juan su dulcísima Madre<sup>128</sup>; a Pedro le dio las llaves de su reino<sup>129</sup>, a Juan le descubrió los secretos de su corazón; Pedro ocupó un puesto más elevado, Juan un puesto más seguro; Pedro, a pesar de estar constituido en dignidad, al decir Jesús: “Uno de vosotros me ha de entregar”<sup>130</sup> se atemoriza y tiembla como todos los demás, mientras que Juan, vuelto más audaz al reclinarse en el pecho del Señor, ante la indicación de Pedro le pregunta quién es el traidor. A Pedro se le destinó a los trabajos apostólicos, a Juan se le guarda para las dulzuras de la contemplación “porque así, dice el Señor, quiero que permanezca hasta que venga”<sup>131</sup>.

“Nos ha dado ejemplo para que nosotros procedamos de idéntico modo”<sup>132</sup>. Demos al amigo todo nuestro amor, nuestros servicios, nuestra amabilidad y nuestra caridad; y en cuanto a los honores y cargos útiles impongámosles, únicamente, los que nos dicte la recta razón, y sepamos

---

<sup>126</sup> 2 S 12,1-15.

<sup>127</sup> CICERÓN, *De Amicitia*, 73.

<sup>128</sup> Jn 19,26-27.

<sup>129</sup> Mt 16,19.

<sup>130</sup> Jn 13,21-23.

<sup>131</sup> Jn 21,22.

<sup>132</sup> Jn 13,15.

que no tiene verdadero amor al amigo, quien no contento con esto, pretende de él esas cosas viles y despreciables. Es necesario evitar cuidadosamente que un afecto demasiado tierno sea impedimento al bien general<sup>133</sup>, cosa que sucederá si no queremos alejar de nosotros o darles cargos a quienes profesamos más intenso amor cuando de ellos se puede esperar un fruto más abundante. La amistad bien ordenada exige que el afecto sea regido por la razón, y que atendamos, no tanto a lo que pide el agrado de los amigos, como a lo que demanda el interés general.

### *Confidencias*

Me acuerdo en este momento de dos de mis amigos que, liberados ya de la presente vida, viven y seguirán siempre vivos para mí. Uno de ellos<sup>134</sup> lo tomé por tal a los principios de mi conversión por cierta semejanza en nuestros gustos y costumbres, siendo yo aún un adolescente; el otro<sup>135</sup> lo elegí casi desde su niñez y, después de haberlo probado muchas veces y de muy diversos modos, me uní a él con más alto grado de amistad, cuando ya los años encanecían mis cabellos.

El primero lo había elegido como compañero y copartícipe de las delicias del claustro y de las dulzuras espirituales, cuando aún no estaba oprimido por la solicitud pastoral, ni me ataba la preocupación por los intereses temporales; nada nos pedíamos o dábamos el uno al otro fuera del afecto y algunas manifestaciones del mismo dictadas por la caridad. El segundo, escogido ya desde joven para tomar parte en mis preocupaciones fue el colaborador de todas mis fatigas.

Rememorando ahora aquellas dos amistades, encuentro esta diferencia entre ellas: la primera se apoyaba más en el afecto; la segunda en la razón. Si bien en aquella no faltó la razón ni ésta careció de afecto. Además el primero me fue arrebatado en los mismos comienzos de nuestra amistad; pudo ser elegido, como he dicho, pero no pudo ser probado; el otro vivió entregado a mí y amado desde su niñez hasta la mitad de su edad y juntos subimos por todos los grados de la amistad, en cuanto fue posible a nuestra imperfección.

La admiración de sus virtudes fue lo primero que inclinó mi afecto hacia él. Yo le había traído en otro tiempo desde los países del Sur a esta soledad norteña y fui también quien le inició en la disciplina regular. Desde entonces fue vencedor de su cuerpo, sufrido en los ayunos y trabajos, sirviendo de modelo a casi todos y de admiración para los más; para mí motivo de gloria y delectación. Ya desde entonces juzgué acertado instruirle en los principios de la amistad, pues veía que no era carga para nadie y a todos agradaba. Iba y venía dócil a las órdenes de los ancianos, humilde, manso, circunspecto en sus modales, parco en sus palabras, ajeno a toda indignación, desconocedor de la murmuración como del rencor y de la detracción, caminando “cual sordo que no presta oídos y mudo que no abre su boca”<sup>136</sup>. “Como jumento”<sup>137</sup> sometido al freno de la obediencia y llevando, infatigable, el yugo de la observancia regular en el alma y en el cuerpo.

Siendo aún niño, entró en cierta ocasión en la habitación de los enfermos; fue sorprendido por mi venerable padre y predecesor<sup>138</sup>, que le reprochó por ceder tan presto ya su edad al descanso y a la pereza. Quedó tan avergonzado, que muy pronto salió de la enfermería y se entregó con ardor a los trabajos corporales, llevando en esto su fervor hasta el extremo de que, en muchos años, nada aflojó de su entusiasmo acostumbrado, ni siquiera cuando un grave dolor le oprimía.

---

<sup>133</sup> CICERÓN, *De Amicitia*, 75.

<sup>134</sup> De nombre Simón, murió prematuramente; Elredo le dedicó una elegía. Cf. *Speculum Caritatis*, PL 195,539-546.

<sup>135</sup> No identificado.

<sup>136</sup> *Sal* 37,14.

<sup>137</sup> *Sal* 72,22.

<sup>138</sup> El Abad Mauricio, que presentó la dimisión en 1147.

Todo esto conmovía extraordinariamente mis entrañas y penetraba en mi corazón, de tal manera que de inferior le hice mi compañero, de compañero amigo, y de amigo amiguísimo. Viendo que aventajaba en virtud y gracia a muchos ancianos, con el consejo de los hermanos, le impuse el cargo de subprior. Fue para él una contrariedad, pero, fiel al voto de obediencia, lo aceptó modestamente, aunque no sin tratar de convencerme en secreto para que le dejase, pretextando su edad, su ignorancia y la amistad que ya habíamos iniciado, temiendo con este motivo llegar a amarme menos o a ser menos amado. Al ver que no conseguía nada con tales razones, optó por manifestarme abiertamente sus temores con respecto a los dos, y a enumerar con toda humildad y reserva lo que le agradaba menos en mí, con la esperanza, como más tarde me explicó, de que yo, ofendido por esta especie de presunción, accedería más fácilmente a su demanda.

Pero precisamente esa su libertad de juicio y, de expresión fue la ocasión de estrechar hasta lo sumo los lazos de nuestra amistad; pues no le quería como aun amigo cualquiera. Notando él que me había agradado todo lo que acababa de decirme, que respondía humildemente a cada una de sus preguntas, que le daba la razón en todo y que, en vez de molestarme, no había conseguido sino aumentar la amistad, comenzó a amarme más íntimamente que antes, a dar riendas sueltas a los afectos y a volcarse totalmente en mi pecho. Así probé yo su libertad y él mi paciencia. A mi vez, presentada la ocasión, pagué al amigo con la misma moneda, creyéndome en el deber de reprenderle con dureza usando incluso palabras algún tanto injuriosas, y a pesar de mi libertad de expresión no le hallé impaciente ni ingrato.

Comencé después a revelarle mis secretos íntimos y se mostró fiel. Así, entre nosotros, creció el amor, se encendió nuestro afecto y la caridad se robusteció hasta llegar a no tener más que un solo corazón y una sola alma, a un querer y no querer lo mismo. Este amor carecía de temor, desconocía la ofensa, alejaba la sospecha y aborrecía la adulación. Nada de simulación entre nosotros, nada fingido, nada de adulación, nada de dureza inconveniente, ningún rodeo, ningún recodo, antes por el contrario, todo era patente y manifiesto. Me parecía que mi corazón era el suyo, y el suyo el mío; él pensaba otro tanto de mí. Así caminábamos rectamente en la amistad.

La corrección no ocasionaba indignación, ni el consentimiento culpa. Se mostraba amigo en toda ocasión mirando, en cuanto podía, por mi tranquilidad y por mi paz. Él mismo se exponía a los peligros, se anteponeía a los obstáculos y salía al encuentro de los tropiezos que surgían.

Estando él ya enfermo, quería yo ofrecerle algún alivio temporal, mas él lo rehusaba diciendo que era preciso tomar precauciones para que nuestro amor no fuese medido por tales consolaciones de la carne, y para que esto no se atribuyera más a mi sentimiento carnal que a su necesidad; así mi autoridad no menguaría.

Era, pues, como mi mano, como mis ojos, como el báculo de mi senectud, era la almohada de mi espíritu y el dulce consuelo de mis penas. Su amor me acogía en su seno cuando me fatigaba por el trabajo, sus consejos me renovaban cuando me hallaba sumergido en la tristeza o en la aflicción. Apaciguaba mis emociones, suavizaba mi cólera. Todo lo que de menos agradable me acontecía se lo refería; lo que no podía sostener yo solo, lo soportaba más fácilmente apoyándome en él.

¿Qué pensáis? ¿Acaso no fue bienaventuranza amar y ser amado, ayudar y ser ayudado así; emprender un vuelo más alto, apoyados en la dulzura de la caridad fraterna, hacia aquel sublime resplandor del amor divino, ascender por la escala de la caridad hasta el abrazo amoroso de Cristo y volver a descender al amor del prójimo y a descansar aquí suavemente? He insertado aquí a título de ejemplo, el recuerdo de esta amistad para que, si encontráis en ella algo digno de imitación, sea en provecho vuestro.